

LOS VISITANTES A LIMA



Por: Fernando Moreno Bolaños

Siempre vivimos momentos históricos, pero hay ratos en los que la historia se detiene y se alargan tiempos pasados que persisten en estar en el presente.

En otros momentos da la impresión de que todo se pone a correr y la historia avanza, indetenible hacia el destino que se va construyendo con las sumas de las partes, las casualidades y las intenciones de unos y de otros. Crujen viejas alianzas, se consolidan otras y, sobre todo, nacen o se abren paso nuevos actores en la vida nacional.

Los campesinos pueden mantener sus valores comunitarios pero también adquieren conocimientos que los proyectan hacia el futuro. Muchos de ellos ya son los nietos adultos de una sociedad rural que cambia. Una en la que surgen pueblos conectados entre sí sin pasar por ningún intermediario que los controle en lo que pueda enterarse.

Eso ocurre porque hace rato que el mundo ha cambiado y no solo en las grandes potencias y los oligopolios de la comunicación mundial.

También, en lo más profundo de la pobreza. Hay más pobres en las ciudades colgadas de los cerros y abandonados en los desiertos, en la vieja ciudad de 488 años, que en el campo y los pueblos pequeños. Abandono sí, eso hay.

Cuando varios miles de aimaras marchen por San Isidro y Miraflores, pacíficamente, vestidos con casacas y zapatillas iguales a las de cualquier chico de Surco o de Breña, el Perú va a procesar cambios. En la concepción del país para unos y para otros.

Nunca antes en la historia nuestra hubo una visita tan importante a la ciudad capital —que lo ha sido por cinco siglos— en uno de sus aniversarios de fundación española.

Esta visita, que no sé bien como terminará, aunque barajo un par de hipótesis, definitivamente ya está dejando una huella profunda. Es un momento en el que la historia se ha acelerado.